

sados. En éste sentido, la escuela no ha salido del siglo pasado. Deseo preocupación absoluta de los maestros —que hacen de la «letra a sangre entra» su infalible pedagogía. No analizan el medio en que actúan ni estudian la psicología de los niños. Sin objetivo que perseguir, estancada en la rutina que nada exige, trabada en su acción por el presupuesto, la escuela es un patrimonio de las capas pudientes.

La situación de los maestros no puede ser peor; y permanecen desunidos. No tienen ni siquiera un órgano que defienda sus intereses. Nada. La acción es nula. El movimiento iniciado hace algunos años ha muerto por carencia de cabezas directoras, de hombres capaces de la organización de un fuerte sindicato gremial. La delación, es común y propia entre los maestros. Los más serviles, y por consiguiente los más incapaces, son los acreedores a los ascensos. Los maestros capaces, dignos, permanecen olvidados, perdidos entre los montes, haciendo vidas de druidas.

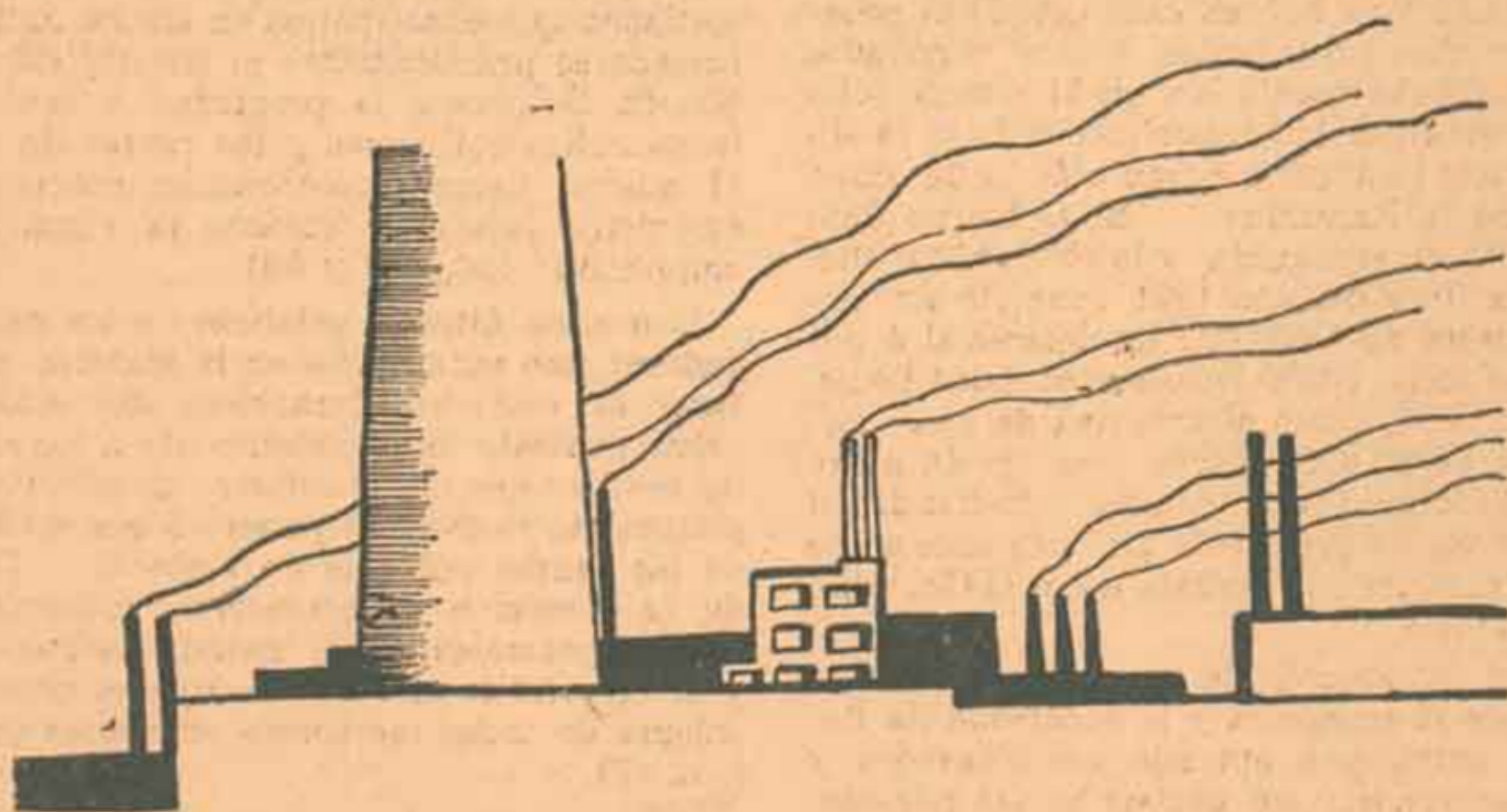
Hemos hablado de los trabajadores que entregan sus fuerzas a los ingenios; de los maestros, de la educación; de la situación de unos y otros, sin embargo, eso no es todo. La explotación a la manera feudal no queda reducida al marco que señala el dominio de la industria azucarera; y si nos detenemos con preferencia en ésta, es porque ella es la dominante, queremos decir, la que más fuerza proletaria explota.

EXISTEN en Tucumán otras ramas, no ya de la importancia de la industria azucarera, que agrupan muchos trabajadores, que explota a destajo en la ciudad y en la campaña, que también tienen carta blanca para robar y esquilmar a los trabajadores. Está la industria de la madera, que si bien no tiene la importancia que reviste en otras regiones del país, es una industria importante dentro la rama económica, de la provincia. Un gran industrial, Honorio Barot, gran latifundista, dueño de «7 de Abril» y otras poblaciones, ha amasado su cuantiosa riqueza sangrando a los trabajadores que tenía internado en sus bosques inmensos, y que para cubrirse con un manto de bondad y benefactor, fundó una plaza que lleva su nombre y su busto en mármol; concediendo, además, algunas otras «mejoras». Es el más grande industrial de la madera de la provincia, y tiene organizado sus dominios como lo tenían los grandes señores de la Edad Media. Los casos de arbitrariedades, realizados con la complicidad policial, son numerosos, y sería interminable detenerse en ellos. Allí, como en los ingenios, el obrero es un ser despreciado, sin derechos y cargado de obligaciones.

J. O C T A V I A N O T A I R E

TUCUMAN

AGOSTO 1935



## ¿Quién es Juan Bautista Saavedra?

Como el ex mandatario boliviano y agente del imperialismo yanqui ha tenido la veleidad, en su viaje a la Argentina de llegar hasta la Casa del Pueblo a «interesarse» por el movimiento socialista argentino, damos a continuación algunos datos sobre su persona.

Saavedra es en la actualidad uno de los demagogos más indicados para engañar con falsas promesas a los trabajadores bolivianos que vuelven de la guerra a exigir justicia social. De él tratarán de servirse sin duda las fuerzas reaccionarias para impedir la justicia popular.

Nota de la Redacción.

Juan Bautista Saavedra es una de las figuras representativas de la política primitivista de Bolivia. Mandatario del capital yanqui, fué el entregador de la riqueza nacional a los grandes magnates de Wall Street. Hombre de escasa cultura —como casi todos los políticos criollos— tiene, sin embargo, algunas dotes de demagogo. Dentro del panorama de los partidos burgueses que en Bolivia defienden los intereses yanquis, el suyo —el Republicano Socialista— es el que más acerca al pueblo al régimen fascista, pero no con el planteamiento aristocrático de nuestros endebles legionarios, sino con una bandera de confusa populachería.

En las más serias obras de investigación sobre las actividades del imperialismo yanqui en América Latina, el nombre de Juan Bautista Saavedra aparece como uno de sus servidores más fieles e impúdicos. Su gobierno se recuerda en la historia boliviana por un hecho luctuoso: el empréstito Nicolaus, que empujó indefinidamente al país y que vino a remachar la penetración yanqui, iniciada varios lustros atrás.

Citaremos sólo los dos libros más conocidos y divulgados en todo el mundo sobre el problema imperialista en América.

En «Nuestros banqueros en Bolivia», de Margarita Alexander Marsh, traducción española, página 133, se lee:

«El año 1920 marcó una crisis en la política boliviana. Los liberales, que habían usufructado el poder durante los diez años precedentes, fueron derribados por una casi incruenta revolución en el mes de julio de 1920, promovida por los republicanos bajo la dirección de Bautista Saavedra, quien más tarde ocupó la presidencia de la República... El Gobierno Saavedra necesitó dinero enseguida, y lo obtuvo tan onerosamente que a fines del año 1921 concertó un empréstito a seis meses de 1.000.000 de dólares al 6 por 100, con la razón social Stifel-Nicolaus of Saint Louis, cuyo convenio incluía, como alternativa de una exorbitante comisión de 90.000 dólares, una opción sobre el empréstito protegido que estaba estudiando el Gobierno, y una opción preferente por tres años sobre todo empréstito exterior que pudiese hacer el Gobierno durante ese período.»

La descripción del empréstito revela el vergonzoso avasallamiento de la economía y la soberanía de Bolivia al capital extranjero operado por Saavedra y es imposible transcribirla sin ocupar varias páginas. Solamente el detalle de las garantías que afectaba —caso realmente monstruoso— nos llevaría una columna. Justificando una excepción en el método de su libro, la autora del citado libro, dice: «Tan notable es la extensión de la garantía concertada, que las estipulaciones del contrato referentes a ella son dignas de transcribirse íntegramente.» (pág. 135.)

Continúa Marsh: «Además, para asegurar la recaudación actual de los impuestos citados, y en tanto que pudiera asignarse una renta fija para cubrir las necesidades de la deuda, se estipulaba en el contrato que una Comisión fiscal permanente, compuesta de tres miembros, dos de los cuales serían nombrados por los banqueros, se encargaría de la recaudación de los impuestos en la República durante los veinticinco años de vida de este empréstito» (pág. 138). La comisión ejerció sus funciones durante varios años, hasta la caída del dictador Siles y se recuerda como un caso insólito, sin antecedentes en los otros países americanos.

Bolivia —continúa Marsh— aceptó, por voluntad del señor Saavedra, «las más duras condiciones que su deuda exterior pasada registra o que los términos de sus primeros empréstitos en el extranjero pudieran hacerla prevenir» (pág. 141).

En «La diplomacia del dólar», de Scott Nearing y Joseph Freeman, traducción española, se estudia el empréstito Nicolaus en las páginas 43 y siguientes.

Los autores lo consideran un ejemplo: «El empréstito boliviano de 1922 es una excelente ilustración del tipo del contrato bancario que frecuentemente se encuentra en casos de empréstitos latino-americanos» (pág. 43).

Después de detallar las condiciones del empréstito, sostienen que ellas «ponen en manos de los banqueros acreedores prácticamente el control del Banco de la Nación Boliviana, la propiedad y rentas de ciertos ferrocarriles bolivianos y las rentas de la República, al mismo tiempo prohibiendo prácticamente todo empréstito adicional durante la vigencia del actual empréstito» (pág. 45 y 46).

Con estas últimas palabras de los mismos investigadores, tan autorizados en la materia, puede concretarse la maniobra financiera del señor Saavedra: «Este contrato de empréstito ata a los representantes de los banqueros acreedores, al corazón de la vida política de Bolivia, al poner en sus manos el control de las rentas públicas de Bolivia... Los miembros de la Comisión se convierten automáticamente en figuras centrales en el mundo político de Bolivia, y el empréstito de 1922 ocupa el primer lugar por encima de todas las demás entidades públicas» (página 47).

En resumen, esta caracterización política del señor Juan Bautista Saavedra: lacayo del imperialismo yanqui e, históricamente, su más obsecuente y eficaz servidor; demagogo fascista, que aún necesita disrazarse con el rótulo de corporativista.

En la etiqueta de su Partido, donde dice «Republicano-Socialista», léase «Nacional-Socialista».